

tanto habian apreciado, comienzan no á creer, mas á sentir su suma infelicidad. Siendo el alma indestructible, é inmortal, y permaneciendo siempre substancia cogitante y sabedora de sus percepciones, nada puede ser mas infeliz que ella cuando conoce que separada de todos los bienes aparentes, no tiene ya que amar sino á Dios á quien ha despreciado, á quien no ama, ni puede por lo mismo ser amada de él: cuando nada hay que amar, nada hay tampoco que esperar, y faltando la esperanza entra la desesperacion, así es que el hombre vicioso no esperando en la misericordia de Dios, prevee que muriendo le amenaza una tristeza, y desesperacion eterna, y realmente la experimenta, si aun se deja tocar del infeliz estado en que se halla.

SECCION 4.^a

DE LOS SIGNOS Y CARACTERES DE LAS COSTUMBRES, Y DE LOS AFECTOS.

Unos son los signos de los afectos, y otros los de las costumbres y propensiones; aquellos se desvanecen con el afecto y no pueden disimularse fácilmente; y estos son perpetuos, no se mudan con facilidad, pero pueden disimularse.

Los signos de los afectos principales se dejan ver en el color, en los gestos, en el entendimiento y en las acciones. Porqué moviendo los afectos á la sangre y á los nervios, no puede menos que mudarse el color, y el gesto; y como turben tambien al entendimiento y á la imaginacion; y existen un deseo, ó una aversion extraordinaria; no pueden menos que manifestarse en todas estas cosas.

Los signos del amor son el color rojo del semblante, la agitacion de la sangre, los ojos indicando un deseo muy grande, y fijos en un solo objeto, los suspiros frecuentes, los juicios absurdísimos acerca del objeto amado, las quejas, las cartas ridículas, las sospechas, las lagrimas, la ira, y luego la paz.

El odio se manifiesta en el color pálido, los ojos separados del objeto á que se tiene aversion, en el silencio cuando se habla bien del objeto aborrecido, y en la locuacidad cuando se habla mal, en los juicios siniestros, las sospechas, las iras, y pleitos frecuentes.

A la alegría la indican la risa, los saltos, la conversacion buscada voluntariamente, la narracion de la felicidad, las promesas esplendidas, la liberalidad. Y á la tristeza los ojos bajos, y abatidos, las lagrimas, la soledad, la aversion á los consuelos de los amigos, y al deleite, y

la perpetua acusacion de sí mismo.

Los que estan llenos de esperanza son vivos, prontos, atrevidos, y despreciadores de los otros. Los miedosos estan pálidos, trémulos, y son por lo comun de cuerpo encogido, de animo abatido, cautos, y suspicaces. La desesperacion se manifiesta en los ojos llenos de furor, en las palabras que expresan el odio de sí mismo y de los demas, en la fuerza desusada del cuerpo, audacia increíble, y grande temeridad.

Los signos de la ambicion son el ceño, la ostentacion en el cuerpo, el paso grave, la simulacion, y el empeño por el decoro. Los de la avaricia, el habito de hablar de cuidados, la tristeza, la soledad, las quejas de las injurias del tiempo y de los hombres, la aversion del avaro á todos los que le saludan con cariño y á los deleites, el disimulo de las riquezas, la supersticion, la envidia, y el desprecio de todo decoro. Los del deleite son, semblante alegre, palabras jocosas y agudas, estudio afectado de la elegancia y variedad, la misericordia, liberalidad, y principalmente la inclinacion al ocio, y huida del trabajo.

Ningunos caractéres son mas marcados que los de la ira, brillan los ojos, se enciende el semblante, tiemblan los labios, se erizan los cabellos, la respira-

cion se agita, la voz se ahueca, é interrumpe, y las acciones todas respiran amenazas. ¡Vicio tan detestable como deforme! La ira puede ser veloz y pasagera y entonces se llama escandescencia, ó es tardía y tenaz, y se llama iracundia, ó por último es lenta y perpetua y se llama rencor, esta es propia de los melancólicos y exita en el semblante la palidez, la iracundia es propia de los coléricos y cubre el semblante de color rojo, y la escandescencia es propia de los sanguineos y cubre el semblante de un color mucho mas rojo que el anterior.

Los signos de la envidia son el color pálido, los ojos torvos, y como respirando alguna maldad, el cuerpo macilento, y la huida de aquellos cuyos bienes apetece el envidioso. Los del pudor son: el semblante encendido, los ojos bajos, y la huida de las personas presentes. Los del zelo, son los mas ridiculos; suspiros, miedo, sospechas, ojos inquietos y como que se salen de su lugar en las concurrencias de los amigos, algunas veces la desesperacion, y siempre algo de estulticia.

Los demas afectos tienen tambien sus signos; pero no son tan sensibles. Pasemos á los de las propensiones, y temperamentos.

Los signos de las costumbres, ó propensiones se dividen en fisionómicos, y

morales. Los primeros no carecen de probabilidad: porqué como los hábitos y movimientos del cuerpo humano dependan de los nervios, y de la sangre; y la diversa naturaleza de esta determine las diversas costumbres y propensiones humanas, cuyos efectos se perciben por los sentidos, no puede menos que haber signos fisiológicos de tales costumbres y propensiones; como los hay en los temperamentos.

Así es que el color encendido del semblante, la agilidad de los miembros, y complexion jugosa indican el temperamento sanguíneo; el color vivo, movimiento ágil, pero grave, y complexion seca, manifiestan el temperamento colérico; el color lívido, el movimiento tardo, y huesos grandes son signos del temperamento melancólico; así como lo son del flemático el color pálido, el movimiento tardo, y el cuerpo obeso.

El modo de andar, es uno de los signos de las propensiones: la razón, y la experiencia confirman, que el paso afectado, como el de los españoles, un porte pomposo, la cerviz inclinada, y el semblante severo, son signos de la ambición ridícula: el paso tardo é interrumpido, cuerpo, y cuello erguido, gesticulación gladiatoria, y semblante atroz, indican la ambición brutal, que también se llama trasónica del nombre de Tra-

son, soldado vanaglorioso: el paso tardo, constante, grave, unido al movimiento recíproco, y decoroso, del cuerpo y de las manos, es signo de la ambición así pública como militar: si á esto se añade un cuello rígido é inclinado, semblante austro, taciturnidad, ó conversacion rara unida á una suave gesticulación de los dedos, será señal de arrogancia, y de crueldad; así describe Suetonio el modo de andar de Tiberio: el paso tardo, unido á un porte exterior encogido, la cabeza inclinada los ojos bajos, y de cuando en cuando levantados hacia el cielo, semblante torvo, y frecuentes suspiros, indican, por lo común, la ambición farsaica.

No menos fácilmente se comprende que el paso ligero, y muelle, juntamente con la inquietud de los ojos que se dirigen hacia todas partes, indica el deleite venereo; que el paso ágil, pero compuesto y decoroso, y el semblante sereno y alegre indican el deleite amistoso; y que el paso débil, remiso, disoluto, ageno de todo decoro, y los pies sin fuerza, é instables, manifiestan el deleite báquico.

El paso difícil, descompuesto, interrumpido, la respiración fuerte, y anhelante, y el movimiento indecoroso del cuerpo, son señales de la avaricia; el paso vario, unas veces tardo, otras apresurado,

con semblante feroz, y ojos que vagan hacia todas partes, es indicio de ligereza y perversidad; tal describe Séneca el modo de andar de Catilina: así como el paso acompañado con el movimiento violento de los hombros, ojos pasmados, y labios torcidos, son indicios del dolo, de la envidia, é infidelidad. Mas como todos estos indicios del ánimo pueden algunas veces ser falibles, principalmente en aquellos que quieren imitar lo que ven en los demas, el hombre prudente, para no equivocarse, deberá observar si las acciones corresponden á estos indicios.

Hay ademas signos fisionómicos que se toman de las arrugas y lineamientos de la frente, de la voz, de los gestos, y otros semejantes. Pero los mas ciertos son los morales esto es, la palabra y las acciones, puesto que la causa se conoce muy bien por los efectos. „Por el fruto se conoce el árbol; no es árbol bueno el que produce malos frutos; ni es árbol malo el que lleva fruto bueno; ¿cómo es posible que hableis cosas buenas, siendo como sois malos? de la abundancia del corazón habla la boca” decía el Salvador del mundo. S. Mat. cap. 12. vs. 33-y 35. S. Luc. cap. 6. vs. 43-y 45.

La palabra es un sonido articulado, por medio del cual comunicamos á los demas, nuestros pensamientos; y como estos

convienen con los afectos, propensiones é inclinaciones de los hombres, es consiguiente que el alma del hombre se conozca por las palabras, como la materia é integridad de los vasos, por el sonido que dan tocándolos, como decía Diógenes el cínico. La palabra puede ser hablada, ó escrita, de una y otra debe decirse lo mismo, porque aunque la pluma finja y disimule mas fácilmente que la lengua, las mas veces el ingenio humano se ve en los escritos como en un espejo, y en nada mejor que en una carta, decía Demetrio Falerio, pueden conocerse las costumbres de un escritor; acaso porque una carta se escribe por lo comun súbitamente y sin premeditación. En la palabra puede distinguirse la forma, y la materia: la forma es el estilo con que expresamos nuestros pensamientos, y la materia es el mismo pensamiento, la misma sentencia manifestada. Y como el estilo dependa en gran parte del ingenio, del juicio y la memoria, y estas facultades esten intimamente unidas con las propensiones del hombre, claro es que estas pueden conocerse por medio del estilo. Porqué de la temperatura de la sangre, dependen en gran parte los temperamentos del cuerpo; según la diversidad de estos, se modifican los caracteres del estilo; luego por estos podemos conocer a-

quellos, juntamente con las propensiones que les son anexas.

Así, siendo los ambiciosos y coléricos de un juicio agudo y recto, es consiguiente que su estilo sea conciso, enfático, grandioso, y sublime. Estando los sanguíneos y voluptuosos dotados de grande ingenio, su estilo debe ser asiático, jocosos, claro, elegante, agudo, y poético. Y por último, teniendo los melancólicos y avaros mas memoria que juicio, é ingenio, su estilo será difuso, oscuro, frio, desigual y lleno de sentencias poco agudas, porqué lejos de argüir sabiduría, las sentencias demasiado frecuentes, el vulgo las usá mas que los sabios. De lo dicho en cuanto á la forma de la palabra, puede inferirse que mezcla de temperamentos sea la mas idonea para la elegancia y pureza del estilo.

En cuanto á la materia de la palabra, la experiencia nos enseña que los ambiciosos hablan, por lo comun, de buena gana, de cosas grandes y de las suyas principalmente, así como de asuntos morales y políticos; y que nada oyen con mas agrado que sus propias alabanzas. De aquí se inferirá facilmente que Ciceron era todavía mas ambicioso de honores y alabanzas que el mismo César, y que hubiera aspirado á lo que éste, si hubiera juzgado que le era tan

fácil oprimir la libertad con la elocuencia como con las armas: la verdad de esta observacion se conoce leyendo, y comparando los comentarios de César con las oraciones catilinas y las que pronunció Ciceron despues de su vuelta á Roma.

Igualmente enseña la experiencia que los voluptuosos hablan de asuntos pertenecientes al deleite, de cosas agradables, curiosas; y que se deleitan mas en las cuestiones físicas que en las morales y políticas, y aun mas en las obscenas y lúbricas que en las serias. Y por último los avaros ó nada hablan cuando otros conversan, ó solo tratan de las ganancias, de cosas económicas, de la frugalidad, de las injurias de los tiempos, y de los hombres, y aun de la mágia, culto externo, y bendicion divina.

Es verdad que algunos tratan de disimular, haciendo inciertos con el fingimiento los signos que hemos referido; pero nunca puede tanto el disimulo, que la ocasion, ó familiaridad no descubra la verdad, y ademas cuanto mas procura disimular el hombre vicioso, tanto menos disimula sus propensiones. Así Tiberio aunque gran disimulador, no engañó á muchos que cautamente le observaban.

Las acciones son tambien signos de las costumbres, pero estando á la vista

de todos las que ejecutan los ambiciosos, los voluptuosos, y los avaros, no hay para que detenernos en ellas, y solo bastará observar que no debe juzgarse de la propension de un hombre por una que otra acción, sino por una larga serie de ellas, así se reconocerá la verdad que inculcó muchas veces el Salvador, „cual es el árbol, tales han de ser los frutos.”

CAPITULO III.

DE LA SUMA FELICIDAD

A LA QUE DEBE ASPIRAR EL HOMBRE.

SECCION I.

DEL BIEN Y DEL MAL EN GENERAL.

Examinada la naturaleza moral del hombre, se sigue considerar la verdadera felicidad á la cual debe ser conducido. Nada es mas natural al hombre que la inclinacion á la verdadera felicidad, porque la voluntad siempre apetece el bien, y la verdadera felicidad consiste en la posesion del bien, y ausencia del mal, ó como decía Ciceron, la felicidad es, „la plenitud de todos los bienes y ausencia de todos los males.”

Supuesto que el ser feliz consiste en gozar del verdadero bien, y que hay sin embargo muchos hombres que gozando de diversos bienes verdaderos, no pueden llamarse felices, es consiguiente que solo podrán decirse felices aquellos que ó disfruten de todos los bienes, ó que posean un bien tan grande que iguale ó exceda á todos los bienes juntos.

Mas no pudiendo el hombre disfrutar de todos los bienes, es claro que bastará para su verdadera felicidad que posea el sumo y prestantísimo bien. Y pues que se ha de elegir el sumo bien de cuantos el Supremo Dispensador de ellos, Dios, ha concedido al género humano, hablaremos con exactitud de la naturaleza del bien y del mal en general.

Se llama bien, todo aquello que conserva la cosa, así es que si se habla del bien con relacion al hombre, será bien para él todo lo que conserve y perfeccione al hombre; y mal todo lo que lo destruya y deteriore. Si el mal repugna á nuestra naturaleza y de consiguiente destruye nuestro ser, el mal será físico: si repugna á la voluntad de Dios, y destruye nuestro bienestar moral, será mal moral. Esta division conviene de la misma manera al bien.

Como hay ciertas cosas que se cree conservan y perfeccionan la naturaleza